

## **26ºD.TIEMPO ORDINARIO. EVÁNGELIO SEGÚN SAN MATEO 21,28-32.**

*En aquel tiempo dijo Jesús a los sumos sacerdotes y a los ancianos del pueblo:*

*- ¿Qué os parece? Un hombre tenía dos hijos. Se acercó al primero y le dijo: «Hijo, ve hoy a trabajar en la viña.»*

*Él le contestó:*

*- «No quiero» Pero después se arrepintió y fue.*

*Se acercó al segundo y le dijo lo mismo.*

*Él le contestó:*

*- «Voy, Señor» Pero no fue.*

*¿Quién de los dos hizo lo que quería el padre?*

*Contestaron:*

*-El primero.*

*Jesús les dijo:*

*-Os aseguro que los publicanos y las prostitutas os llevan la delantera en el camino del Reino de Dios. Porque vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas lo creyeron. Y aun después de ver esto vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis.*

# HUMILDAD Y ARREPENTIMIENTO

Un «**corazón arrepentido**» que sabe reconocer los propios pecados es la condición fundamental para encaminarse por la «**senda de la salvación**». Entonces el «**juicio del Señor**» no nos dará miedo, sino «**esperanza**».

Esta es la enseñanza que se recoge en el Evangelio de hoy. Jesús propone a los jefes de los sacerdotes y a los ancianos del pueblo, a todo ese «**colectivo de gente que le declaraba la guerra**», una parábola para hacerles llegar su mensaje.

No está de más recordar el contexto en el que estaba viviendo Jesús cuando se produjo este diálogo. Jesús se encontraba en el templo de Jerusalén. El día anterior, domingo de Ramos, había entrado triunfalmente en la ciudad, había purificado el templo expulsando a los vendedores de animales y cambistas de monedas y había curado en el recinto sacro a cojos y ciegos, personas a las que les estaba prohibida la entrada en el templo. La indignación de los sacerdotes y escribas era, pues, grande, tanto es así que todos los grupos con poder religioso y político deciden «**ponerle en aprietos**», con preguntas comprometidas, «**para poder condenarlo**».

La primera pregunta que le hacen es: «**¿Con qué autoridad haces esto? ¿Quién te ha dado esa autoridad?**» Jesús se encuentra ante una disyuntiva. Si responde: «**de Dios**», le pueden acusar de blasfemo. Si dice: «**de mí mismo**», lo considerarán un loco o un vulgar revolucionario. Por ello evita la respuesta directa y les pide su opinión sobre un personaje conocido, Juan Bautista. «**El bautismo de Juan, ¿de dónde viene, de Dios o de los hombres?**», les pregunta. Ellos, viendo el peligro de comprometerse en un sentido o en otro, responden: «**no lo sabemos**», por lo que Jesús termina con un escueto: «**pues yo tampoco os digo con qué autoridad hago estas cosas**» y a continuación les propone la parábola del Evangelio de hoy, «**la de los dos hijos**».

Les presenta el caso de los dos hijos a quienes el padre les pide que vayan a trabajar a la viña. Uno responde: «**No voy, pero luego va**». El otro, en cambio, dice: «**Sí, padre, pero después no va**». Y Jesús pregunta a sus interlocutores: «**¿Quién de los dos cumplió la voluntad de su padre? ¿El primero, el que había dicho que no, ese «joven rebelde» que luego «pensó en su padre» y decidió obedecer, o el segundo?**

«**El primero**», le respondieron. La respuesta no era difícil, pues resulta obvio que lo importante no es decir palabras más o menos bonitas ni tampoco no protestar. Lo importante es «**hacer**», «**cumplir la voluntad del padre**».

A través de este diálogo Jesús llega al juicio. Les dice: **«En verdad os digo que los publicanos y las prostitutas van por delante de vosotros en el Reino de Dios»**. Ellos **«serán los primeros»**. Y les explica el por qué. **«Vino Juan a vosotros enseñándoos el camino de la justicia y no le creísteis; en cambio, los publicanos y prostitutas le creyeron. Y, aun después de ver esto, vosotros no os arrepentisteis ni le creísteis»**.

De esta forma Jesús **«desaprueba»** la actitud de aquellos notables del pueblo que se proclamaban fieles seguidores de Dios, pero que no vivían de acuerdo con las enseñanzas de los profetas, y **«ensalza»**, por otra parte, la actitud de la gente considerada pecadora e infiel, pero que **«le escuchaba y se convertía»**.

Jesús apunta directamente a lo fundamental, **«a la conversión del corazón»**. No bastan las palabras, **«se requieren las obras»**. Sólo los hechos son garantía de la veracidad de las palabras. Jesús censura la hipocresía, las apariencias, las fachadas. **«Jesús mira el fondo del corazón»** y se complace en la sencillez de los que **«se reconocen pecadores»**.

Algo que nunca demos olvidar, pues es **«un motivo de esperanza para mirar nuestros pecados»**, porque todos, sin excepción, **«somos pecadores»**. Cada uno de nosotros conocemos bien **«la lista»** de nuestros propios pecados, de tal forma que podemos decir al Padre: **«Señor, te entrego mis pecados, la única cosa que puedo ofrecerte»**.

Se cuenta de la vida de un santo que era muy generoso y que ofrecía todo al Señor. **«Lo que el Señor le pedía él lo hacía»**. Lo escuchaba siempre y cumplía siempre su voluntad. Y el Señor en una ocasión le dijo: **«Tú aún no me has dado una cosa»**. Y él,

que era bueno, respondió: **«Pero Señor, ¿qué cosa no te he dado? Te he dado mi vida, trabajo por los pobres, trabajo en la catequesis, trabajo aquí, trabajo allí...»**. Así, el Señor le salió al encuentro: **«Tú aún no me has dado una cosa»**. Pero, **«¿qué cosa Señor?»**, repitió el santo. **«Tus pecados»**, concluyó el Señor.

La lección es clara. Cuando seamos capaces de decir al Señor, **«Señor, estos son mis pecados, no son los de este o los de aquel... son los míos. Tómalos Tú»**. Ese será el momento de mi salvación, de formar parte de ese hermoso pueblo, humilde y pobre, que **«confía en el Señor»**.

Jesús reafirma siempre **«su predilección por los pecadores que se**

**«convierten»** y nos enseña que se requiere **«humildad»** para acoger el don de la salvación. También **«San Pablo»**, en el pasaje de la carta a los Filipenses que hoy meditamos, nos exhorta a la humildad. **«Nada hagáis por rivalidad, ni por vanagloria, sino con humildad, considerando cada cual a los demás como superiores a sí mismo, buscando cada cual no su propio interés sino el de los demás. Tened entre vosotros los mismos sentimientos que Cristo»**. ¡Que así sea!

